

Cartagena, ciudad transparente

Los estridentes graznidos de una gaviota terminaron de sacarme de un sueño poco profundo. Aún no me había terminado de acostumbrar al suave balanceo del velero. Unos leves reflejos del sol cruzaban la redondeada ventana de mi camarote y lo iluminaban con una luz tenue.

La leve brisa marina que rozaba mi cara hizo que me despertara por completo. La mar estaba en calma y en el horizonte se podían distinguir unas pinceladas de color grisáceo entre unos robustos montes que desafiaban al mar Mediterráneo; aquello debía de ser Cartagena, sin duda. Avanzamos lentamente y conforme nos íbamos acercando se podían distinguir siluetas de otros barcos y algunos edificios. Primero pasamos junto al faro rojo y seguidamente, junto al verde. Era un puerto grande, muy transitado. Algunos marineros nos saludaban con la cabeza. Lo que más me llamó la atención del puerto fue la transparencia de las aguas. Se podía ver el fondo perfectamente y algunos pececillos que nadaban alegremente.

Roger y Luis ya habían bajado del barco y lo ataban al punto de amarre. Yo bajé una vez estaba bien sujeto. Patapalo, el capitán, me gritó desde dentro que saldrían el día siguiente a las ocho y que si no estaba allí a esa hora, saldrían sin mí.

El sol estaba ya casi encima de mí y hacía un calor abrasador. Me quité la camiseta y me la colgué del hombro. Quedaba poca gente paseando. La mayoría estaba en las terrazas

de los bares tomando un aperitivo y refrescándose. Pregunté a una mujer que tomaba una cerveza:

- Perdone, ¿sabría decirme dónde se encuentra la oficina de información más cercana?

Me dijo que no sabía dónde estaba la oficina de información, pero que el ayuntamiento estaba justo ahí. Se inclinó un poco en la silla señalando un gran edificio. Estaba justo al lado. Me dirigí hacia el gran edificio. Era muy bonito, blanco, como de mármol o algún material parecido. La luz del sol se reflejaba en él con gran intensidad y lo hacía más imponente. Al entrar me dijeron que para obtener información sobre qué hacer en la ciudad fuera hacia la puerta que había en la esquina del edificio. Allá que fui. Me indicaron todas las actividades, lugares y actuaciones de las que podía disfrutar. “¡Caramba!” pensé “¡Cómo se las gastan en esta ciudad!”. Ese mismo día había una actuación de música en el mismo lugar en el que me encontraba, además, a partir de las ocho de la tarde podía visitar todos los museos de la ciudad, y de gratis. Leí algo sobre la Historia de Cartagena. En la ciudad había muchísimos restos romanos, ¡incluso un teatro! Así que, tras escuchar el agradable concierto de una banda que tenía más de cien años, de un pueblo de las afueras, me fui derecho a la entrada del teatro romano. Enseguida empezó a llegar gente y se formó una cola larguísima, yo el primero. A las ocho en punto abrieron las puertas. Nunca había visto uno, y me pareció espectacular. Pensé que los romanos daban un gran valor al ocio de los ciudadanos y que, en ese sentido, parecía que Cartagena intentaba seguir la tradición, y lo hacía bastante bien. Cuando acabé la visita anocheceía y me fui por la calle mayor hasta otro

museo. La calle estaba llena de gente, y muchos jóvenes de mi edad. Daba gusto pasear así, entre tanta gente, una cálida noche de verano. A media noche o así, volví al ayuntamiento y me quedé durmiendo en un banco, ya que no podía gastar dinero en hoteles porque debía pagar a Patapalo el día siguiente. Fue gracioso, porque a mis pies había una estatua de un hombre, sentado en el mismo banco que yo, que parecía esperara alguien o pensar profundamente. Quizás, aunque de manera un poco ridícula, me hacía sentir acompañado.

Al día siguiente desperté temprano y con todo el cuerpo condolido. Otra vez la dichosa gaviota. Miré el reloj del ayuntamiento, eran las ocho menos cuarto. Esta vez, la gaviota me había salvado el pellejo, aunque no me habría importado quedarme unos días más en aquella ciudad. Cuando llegué al barco, Luis y Roger ya estaban allí. También ellos habían visitado varios museos. Casi me muero de envidia cuando me dijeron que habían visitado uno de arte moderno y había un chaval de mi edad más o menos haciendo un grafiti en directo. Luego pensé en el teatro romano y se me pasó. El capitán prefirió ir al ARQVA, el museo de arqueología marina más importante de España. Llegó ilusionado, como un niño pequeño, contando un montón de cosas sobre los barcos y los piratas y un enorme tesoro hallado recientemente con miles y miles de monedas.

A la hora de partir parecía que nos costaba subir al barco, todos buscábamos alguna excusa para mantener los pies en Cartagena. Luis tardó una eternidad en desatar el amarre y cuando el barco comenzó a moverse todos miramos hacia la

ciudad con cierto punto de nostalgia, pensando que nunca volveríamos a estar allí.

Mario Muñoz Álvaro
IESO Galileo